**SOLIDARIDAD PARA LA MISIÓN, SOLIDARIDAD CON EL POBRE**

Puede parecer obvio y hasta redundante afirmar que los valores presentes en las bienaventuranzas constituyen una parte integral del ser cristiano. Aún más, puede parecer evidente que dentro de las casas de formación (por el hecho de ser casas religiosas), los valores de la justicia, la paz, la reconciliación y el cuidado de la creación[[1]](#footnote-1) de alguna manera ya están integrados en los currículos formativos, en la celebración de la fe y en la vida diaria. Pero lo cierto es que no siempre es así, y antes bien, no pocas veces estos valores tan fundamentales se ven desvinculados de la vivencia diaria de la fe; en las casas de formación estos valores no siempre aparecen claramente como un elemento integral en la formación, en el ministerio pastoral y en la vida misma de las comunidades. Esta situación empeora cuando, en algunos territorios se transponen estructuras formativas que, si bien han funcionado muy bien en otras unidades, una vez trasplantadas en contextos pobres, parecen desarraigar drásticamente a los formandos de su ámbito familiar y cultural, y de formas tradicionales de vida que muchas veces son más cercanas a los valores de las bienaventuranzas.

La tendencia a desvincular los procesos formativos del compromiso con la realidad social y los valores de la justicia, la paz y la integridad de la Creación (JPIC), parece ser el subproducto, por un lado, del individualismo actual, y, por otro lado, de la tendencia de ciertas comunidades a replegarse en espiritualidades y teologías ajenas a la realidad, como una manera de enfrentar un mundo secularizado y afirmar la propia identidad religiosa. De ahí la urgente necesidad de conectar nuestra fe y nuestro carisma con la praxis concreta en favor de la JPIC.[[2]](#footnote-2)

El estilo de vida de toda comunidad revela una eclesiología, una teología, una espiritualidad y un conjunto de valores que lo sostienen. Nuestra forma de vida no se da en el vacío, sino que es el resultado de opciones que se hacen, individual o conjuntamente con aquellos que comparten la misma vocación y carisma. Por esta razón hay que estar siempre muy atentos a cultivar aquellos valores que son innegociables, los valores evangélicos y los valores propios de nuestro carisma que, en últimas nos dan la cohesión y la identidad como redentoristas. Esos valores son el fundamento sobre los que se construye la personalidad del misionero redentorista, son la “*Ratio Formationis*,” los principios fundamentales que orientan el ser y el quehacer tanto del formador como de los formandI. Perder de vista estos fundamentos es perder de vista quienes somos, de dónde venimos y hacia dónde caminamos.

De ahí la importancia de favorecer las experiencias de inserción durante algunos momentos de la formación inicial. En los orígenes, San Alfonso quiso que nuestras casas estuvieran ubicadas en puntos estratégicos donde los congregados pudieran estar en contacto con los pobres y abandonados del auxilio espiritual y así estos pudieran ser instruidos y tener contacto con la vida devota. Muchas de nuestras casas de hoy tuvieron en sus orígenes esta misma motivación, pero con el tiempo y con los progresivos cambios urbanísticos del lugar, terminaron apartadas de los pobres en zonas exclusivas de la población. Por supuesto, las casas de formación tienen una característica particular, y el énfasis muchas veces tiene que ponerse en los aspectos académicos o de la vida comunitaria propios de una casa de formación; no obstante, no se puede ignorar la importancia de la conexión con una realidad, de la cual incluso muchos de nosotros provenimos y dentro de la cual todos nosotros estamos llamados a servir. Los pobres no solo son poseedores de un potencial evangelizador - “*evangelizare pauperibus et a pauperibus evangelizare*”-, sino también de un potencial formativo en el contacto con nuestros formandos.

Por este motivo, nuestros programas formativos deben estar orientados no solo a la asimilación de principios abstractos, también deben ofrecer un marco moral para la labor apostólica y la vida diaria de cada generación de redentoristas. Nuestra rica tradición moral tiene mucho para ofrecer a formandos y formadores en este sentido. La tarea formativa en nuestras casas de formación quedaría incompleta sin la formación en los valores de la JPIC, que no son otra cosa que los principios sociales fundamentales de toda la Iglesia Católica.

Y si los valores de la JPIC son integrales a nuestra misión como redentoristas y como colaboradores en la misión de la Iglesia, el reto está en lograr vincular estos valores dentro de los programas formativos. Pero no solo eso, sino también integrarlos plenamente en el ministerio pastoral, en la oración y la vida diaria. En este respecto las palabras del Papa Francisco pueden ser iluminadoras:

“*La fe pasa por la vida. Cuando la fe se concentra puramente en las formulaciones doctrinales, corre el riesgo de hablar solo a la cabeza, sin tocar el corazón. Y cuando se concentra sobre el hacer, corre el riesgo de convertirse en moralizante y de reducirse a lo social. La fe, en cambio, es vida: es vivir el amor de Dios que cambia nuestra existencia. No podemos ser doctrinalistas o activistas; estamos llamados a realizar la obra de Dios a la manera de Dios, en la proximidad: cerca de él y en comunión entre nosotros, cerca de nuestros hermanos. La proximidad: este es el secreto para transmitir el corazón de la fe.”* [[3]](#footnote-3)

**Nuestra espiritualidad en clave de solidaridad**

Uno de los aspectos fundamentales de la espiritualidad alfonsiana y la espiritualidad redentorista hunde sus raíces en la teología de la encarnación; en la fe en un Dios que asume la condición humana y se solidariza con nuestra miseria, abajándose para rescatarnos hasta el punto de participar en la realidad misma de la muerte. De ahí que para los redentoristas resulte muchas veces relativamente fácil integrarse en situaciones de pobreza y miseria de las que muchos huirían. Pensemos cómo nuestro Fundador, por ejemplo, vivió el misterio de la encarnación como un continuo *distacco*: de las comodidades de una familia noble y una profesión, de sus zonas de confort, de sus gustos, de su propia voluntad, etc., para responder totalmente al llamado que recibía. O en Gerardo Mayela quien, quien viviendo él mismo la pobreza desde su infancia, empatizaba fácilmente con la realidad de los pobres, los campesinos y los abandonados. Y en general, en cada uno de nuestros santos y beatos podemos encontramos reflejada, en una manera u otra, esta misma característica de nuestra espiritualidad que los llevó a solidarizarse con los pobres de su contexto particular, siguiendo el ejemplo de Cristo Redentor de “dar la vida por los hermanos” (Cf. Jn 15, 13).

En nuestros días esta encarnación en clave de solidaridad se hizo evidente en el Capítulo General XXV, con el lema: “*Testigos del Redentor, solidarios para la misión en un mundo herido*.” La crisis ambiental, los crecientes nacionalismos, la migración, la continua brecha entre pobres y ricos, son desafíos que tienen mucho que ver con nuestra misión hoy día. En este sentido la interconectividad de la que habla el Papa Francisco es un concepto oportuno que nos ayuda a entender que en un mundo globalizado la solidaridad es también solidaridad con los pobres y con todos aquellos que en cualquier parte y de muchas maneras son víctimas de los males de este mundo. Es una solidaridad que, según el mismo Juan Pablo II, "no es un sentimiento de vaga compasión, o de superficial ternura hacia los males de tantas personas cercanas y lejanas; al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos"[[4]](#footnote-4) y todos formamos una sola familia.

 El teólogo y pensador latinoamericano Gustavo Gutiérrez hizo esta afirmación: “se cree en Dios a partir de una situación histórica determinada.”[[5]](#footnote-5) Nuestra historia que no está separada de la historia de la salvación, porque “no existen dos historias diversas, como no existen dos planos superpuestos de la realidad.”[[6]](#footnote-6) La tendencia, como lo hemos apuntado atrás, es la de separar la así llamada “historia sagrada” de la historia humana. Cuando esto ocurre los valores de la JPIC no logran incorporarse en los procesos formativos y en la vida individual y grupal de nuestras comunidades, porque se llega a creer que pertenecen a “otro” ámbito. En esta lógica de la fragmentación, se valoran las “cosas espirituales” en contraposición y detrimento de las “cosas de este mundo.” Así, éste principio de interconectividad nos lleva a comprender que no podemos separar la vida de la fe, la moral cristiana del compromiso con lo social, nuestra espiritualidad redentorista de nuestro compromiso con el pobre; para San Alfonso este vínculo fue muy claro y nunca hizo una separación.

Una espiritualidad auténticamente cristiana no puede quedarse solamente en ideas, conceptos o pensamientos, debe traducirse en solidaridad con los más abandonados. La profesión de los votos, es ya un intento por encarnar esa solidaridad, que a partir de este punto de partida se sigue concretando en las acciones de la vida diaria. De por sí, el verdadero significado de la vida religiosa no aleja a la persona del mundo, antes bien, fortalece su compromiso con la sociedad en la que vive y la ayuda a ser signo profético de los valores del Reino en el aquí y el ahora. Ante la “indiferencia global”[[7]](#footnote-7) el testimonio de la solidaridad puede ser uno de los remedios para ayudar a sanar las heridas del mundo, y un camino para encontrar nuestro puesto como consagrados. En este sentido, son muchos los ejemplos de cohermanos y comunidades que viven sus votos en ámbitos de verdadera inserción: en contacto con aquellos que viven en las periferias de la sociedad, acogiendo a inmigrantes, promoviendo proyectos sociales, en diálogo interreligioso. Ellos nos ayudan a ver que cuanto más nos acercamos a las miserias de los demás, mejor vamos descubrimos nuestra identidad de consagrados y nuestro puesto en el mundo. Para algunos, el futuro de la vida religiosa se decide hoy día en las periferias, donde encontramos a Cristo agonizando.[[8]](#footnote-8)

La Abundante Redención, de la cual nuestra Congregación es mensajera y servidora, se expresa en la liberación de la persona humana como un todo. Así, vamos descubriendo también cómo el concepto de Redención va rompiendo el caparazón del antropocéntrico en el que había sido encerrado, para tocar también a una creación herida y todas las otras formas de vida, además de la vida humana; porque comprometerse con los valores de la justicia y la paz hoy significa también comprometerse con la salvación de esta Casa Común y todas sus formas de vida, como lo enseña el papa Francisco.

El conjunto de los vínculos que unen a las personas de todo tiempo y lugar y a los grupos sociales nos ofrece el espacio donde la libertad humana se pueda ocupar del crecimiento común que todos buscamos. *“*El mensaje de la doctrina social acerca de la solidaridad pone en evidencia el hecho de que existen vínculos estrechos entre solidaridad y bien común, solidaridad y destino universal de los bienes, solidaridad e igualdad entre los hombres y los pueblos, solidaridad y paz en el mundo.”[[9]](#footnote-9)

A este respecto nos estamos encontrando en una misma intersección con los laicos redentoristas que comparten nuestra misión. Muchos de ellos viven quizá más de cerca muchas de las realidades que afectan a nuestras sociedades, e incluso están mejor capacitados que nosotros para enfrentarlas. El contexto de la misión redentorista de la que ellos están tomando parte de forma paulatina, nos brinda la oportunidad para conocer más de cerca todos esos vínculos que unen a todo el género humano. Así la formación en los valores de la JPIC en nuestros seminarios implica también formar para trabajar con los laicos, y llevar a cabo nuestra misión como un solo cuerpo misionero, misión a la que ellos/as también han sido llamados a participar.

**Formar para la Solidaridad**

Para entender el vínculo que existe entre los valores de la JPIC, nuestro carisma y la formación redentorista, hemos señalado que aquellos son valores esenciales de la fe cristiana arraigados en los evangelios y en las enseñanzas de Jesucristo. Pero no debemos perder de vista que estos también son elementos propios de nuestra espiritualidad. Los valores de la JPIC surgen de una espiritualidad centrada en el plan redentor de Dios para con toda la creación, del cual los redentoristas somos colaboradores. Por eso la pastoral social no es una actividad entre muchas otras, es una dimensión esencial de nuestra vocación redentorista, como lo es la vida en comunidad o la oración. Es una pastoral que está en nuestro AND y que se expresa de manera particular en cada contexto.

Dado entonces, que la solidaridad con los pobres no es algo opcional o tangencial a nuestro ser de bautizados y consagrados, la formación en la solidaridad adquiere especial relevancia dentro de los planes formativos de nuestras casas de formación. Las ideas que se expresan a continuación no pretenden llegar a convertirse en normas que deban incorporarse en los planes de formación, más bien quieren ser ideas que puedan desencadenar la creatividad al momento de buscar aterrizar y concretizar nuestro llamado a la solidaridad y la vivencia de los valores de la JPIC. Si la solidaridad tiene que ver con el compromiso que hagamos con las personas a un nivel más profundo, especialmente con los más vulnerables, entonces ella nos llevará a tomar decisiones que afecten nuestras vidas personales y nuestras comunidades.

En primer lugar, es obvio que debe haber un acercamiento a los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia que empiece a crear las condiciones para una formación en lo social. De manera procesual nuestros estudiantes podrían involucrarse en aquellos temas de la vida diaria que más afectan a los pobres en su alrededor, e irían comprendiendo que nuestra misión como redentoristas incluye también un compromiso con las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia. La reflexión crítica debe llevar a nuestros estudiantes a ser capaces de ayudar a sus comunidades a ver más allá de asunciones que son fabricadas y comunicadas por ciertos sectores de la sociedad, especialmente los más poderosos. Sin una reflexión crítica, la tendencia es a conformarse a vivir como espectadores del drama humano y a replegarse en nuestras zonas de confort. La formación debería empoderar a nuestros jóvenes para que, a su vez, ellos puedan empoderar a las comunidades en las que eventualmente estarán insertos.

En segundo lugar, podría establecerse en nuestros calendarios una disciplina de revisión regular de nuestro estilo de vida. No se trata solamente de formar en un estilo de vida, sino también de revisar aquellos comportamientos individuales y comunitarios que no son coherentes con los valores de la JPIC. La conversión es una llamada diaria en la vida de cada cristiano, y la medida siempre será la persona de Jesucristo, modelo de toda humanidad. La actual crisis ambiental, por ejemplo, nos confronta con nuestra fe y nos lleva a cuestionar los sistemas actuales de producción y de consumo que están llevando a nuestro planeta a límites peligrosos, y a nosotros con él. La vida de nuestros santos redentoristas y tantos otros congregados pueden ser un punto de referencia, pues ellos han orientado sus vidas con su mirada puesta en Dios, como peregrinos y extranjeros de este mundo, viviendo por tanto una vida de extrema simplicidad, consumiendo y poseyendo solamente lo indispensable. Porque el estilo de vida por el que ellos han optado se desprende de aquel sentido de solidaridad con los pobres, y con Dios mismo, que sufre en los pobres. La solidaridad con la creación viene generando nuevos comportamientos y formas de relacionarse con los bienes de este mundo. La empatía con las formas de vida que se están extinguiendo viene llevando a las personas a vivir en solidaridad no solo con las personas que sufren, sino también con todos los seres vivos.

Por eso un uso responsable de los bienes de la creación depende también de un profundo compromiso con la justicia y la paz en el mundo. No es posible querer construir una paz duradera en el mundo mientras se vive en guerra declarada con las demás especies vivientes. Hoy por hoy venimos siendo conscientes de un hecho que en periodos anteriores a la primera revolución industrial no era tan evidente: la extrema pobreza en la que viven sumergidas tantas personas tiene también una relación estrecha con la crisis ambiental actual; son los pobres los primeros que sufren, por ejemplo, los catastróficos efectos del calentamiento global.

La vida simple de los redentoristas es algo que viene desde los orígenes, y hoy nos encontramos con una razón más y una motivación para asumirla y enriquecer así toda nuestra vida apostólica. Es esencial que tomemos una actitud de simplicidad en el uso de los bienes materiales en solidaridad con el mundo herido. La práctica de un examen constante del uso de los bienes de consumo a disposición en nuestras casas de formación y nuestras comunidades puede sentar las bases para la construcción de signos proféticos hoy y mañana, los signos proféticos propios de la vida religiosa.

Otros aspectos que se podrían tener en cuenta en nuestras casas de formación podrían ser:

* La defensa de la dignidad y la santidad de la vida en todas sus expresiones y de etapas.
* El manejo del conflicto a través del diálogo y no a través de la manipulación, con especial atención a aquellos cuya voz no es escuchada o es ignorada.
* Practicando la igualdad en el servicio mutuo sin discriminación entre personas. Excluir los abusos de poder o los clericalismos en el uso del dinero o de la autoridad
* Trato justo a empleados.
* Promoviendo el trabajo material y la producción de elementos de consumo a nivel local.
* Mostrando la misericordia para con quienes han caído en las drogas o pandillas y están luchando para salir de ellas. Igual con los inmigrantes, refugiados, minorías, etc.
* Ofreciendo formación, ad intra y ad extra, en comportamientos y actitudes amigables con el medio ambiente.
* La administración de nuestros bienes de manera ética y evangélica.
* Evitar consumir bienes que sean o den la impresión de ser signos de poder u ostentación.
* Siendo agentes de reconciliación.
* Dando signos de rechazo a males sociales como la corrupción, los nacionalismos extremos, la injusticia, la discriminación, etc.
* Creando espacios seguros para los niños y los adultos vulnerables.
* Desarrollando una vida de oración que integre y considere aspectos importantes de la realidad social del entorno.
* Desarrollar una cultura que haga de la opción preferencial por los pobres el criterio de discernimiento de su ministerio.
* Involucrar a nuestros estudiantes en la planificación, elaboración, manejo y evaluación de proyectos sociales con impacto en las comunidades cercanas.
* Proveer experiencias de verdadera inserción en comunidades pobres y marginadas.
* Promover del ayuno y los sacrificios durante la cuaresma y adviento, conectando así nuestra fe, tradición y espiritualidad con las realidades sociales.
1. Hasta hace algunos años atrás en el ámbito latinoamericano, la expresión “pastoral social,” recogía todos aquellos valores relacionados con la justicia social, la paz y la reconciliación. Desde la promulgación de la encíclica *Laudato Si*, el 18 de junio de 2015, ha venido creciendo la conciencia del cuidado de nuestra *Casa Común*, y se ha venido vinculando de manera cada vez más fuerte la justicia y la paz con el cuidado o integridad de la creación. Así, muchas de las así llamadas Comisiones de Justicia y Paz, a nivel de las jurisdicciones eclesiales o comunidades religiosas, han venido tomando el nombre de Pastoral Social – Justicia, Paz e Integridad de la Creación (PS-JPIC). Este es el caso de las Comisiones de Justicia y Paz a nivel del Gobierno General, de las Conferencias y de algunas Unidades dentro de la Congregación. [↑](#footnote-ref-1)
2. A este propósito, la doctrina social de la Iglesia representa un tesoro de sabiduría que todavía está por explorar. Es la propuesta de la Iglesia para la construcción de un mundo mejor, y es ahí donde nuestros planes formativos pueden encontrar orientación para hacer más efectiva la proclamación de la abundante redención entre los pobres por parte de quienes se preparan para ello. [↑](#footnote-ref-2)
3. Homilía del Papa Francisco en la Santa Misa durante la conclusión de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de obispos; 28 de octubre de 2018, XXX Domingo del tiempo ordinario. [↑](#footnote-ref-3)
4. Encíclica Sollicitudo rei socialis, 38 [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. El Dios de la vida, Salamanca, 1992, pp.17 y 22. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Scannone, Juan Carlos, *La Teología de la liberación. Caracterización, corrientes, etapas. Selecciones de teología, vol 23. 092, pag*  [↑](#footnote-ref-6)
7. Cfr. Mensaje del Papa Francisco para la celebración de la XLIX jornada mundial de la Paz; 1 de enero de 2016. [↑](#footnote-ref-7)
8. Hermana Mary Sujita, CND. Solidaridad con la Vida en la Periferia. Charla a la UIG, roma, 9 de mayo de 2019. [↑](#footnote-ref-8)
9. Compendio de doctrina social de la Iglesia, 194 [↑](#footnote-ref-9)